



Robert E. Howard

El Coloso Negro

E LEJANDRIA



Robert E. Howard

El Coloso Negro

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL COLOSO NEGRO

ROBERT E. HOWARD

PUBLICADO: 1933
FUENTE: WIKISOURCE
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EL COLOSO NEGRO

Una poderosa historia del hechicero Natohk, de roja batalla y proezas descomunales: el relato de un mercenario bárbaro llamado a salvar a una nación de un mal estremecedor.

«La Noche del Poder, cuando el Destino caminó por los corredores del mundo como un coloso que acaba de alzarse de un trono de granito milenario.»

—E. Hoffman Price, *La muchacha de Samarcanda*

CAPÍTULO 1

Sólo el silencio milenario cerníase sobre las misteriosas ruinas de Kuthchemes, pero el Miedo estaba allí; el Miedo vibraba en la mente de Shevatas, el ladrón, y le hacía resoplar breve y agudamente contra los dientes apretados.

Estaba en pie, el único átomo de vida en medio de los colosales monumentos de la desolación y la ruina. Ni siquiera un buitre flotaba como un punto negro en la vasta bóveda azul del cielo que el sol

vidriaba con su calor. Por todas partes se alzaban los sombríos restos de otra era, ya olvidada: enormes columnas rotas que clavaban al cielo sus dentados pináculos; largas líneas ondeantes de muros desmoronados; ciclópeos bloques de piedra caídos; imágenes destrozadas cuyas facciones horribas habían sido medio borradas por los vientos corrosivos y las tormentas de polvo. De horizonte a horizonte, ni una señal de vida: sólo el sobrecogedor barrido del desierto desnudo, cortado en dos por el trazo serpenteante del cauce de un río hace mucho tiempo seco; en mitad de aquella vastedad, los colmillos relucientes de las ruinas, las columnas erguidas como mástiles rotos de barcos hundidos—todo ello dominado por la torre de la cúpula marfileña ante la cual Shevatas temblaba.

La base de aquella cúpula era un pedestal gigantesco de mármol que se alzaba sobre lo que en otros tiempos había sido una eminencia escalonada en la orilla del antiguo río. Amplios peldaños conducían a una gran puerta de bronce en la cúpula, que descansaba sobre su base como la mitad de un titánico huevo. La cúpula era de marfil puro, que brillaba como si manos desconocidas la mantuviesen pulida. Con igual fulgor brillaban el chapitel de oro de la aguja y la inscripción que se extendía alrededor de la curva de la cúpula en jeroglíficos dorados de varios metros. Nadie en la tierra podía leer aquellos caracteres, pero Shevatas se estremecía ante las vagas conjeturas que despertaban. Porque él pertenecía a una raza muy antigua, cuyos mitos se remontaban a formas que las tribus de hoy ni siquiera soñaban.

Shevatas era nervudo y ágil, como corresponde a un maestro ladrón de Zamora. Su pequeña cabeza redonda estaba rapada; su única prenda, un taparrabos de seda escarlata. Como todos los de su raza, era muy moreno, con rostro estrecho de buitre y ojos negros y penetrantes. Sus dedos largos, finos y afilados eran rápidos y nerviosos como alas de polilla. De un ceñidor recamado de escamas de oro pendía una espada corta y estrecha, de empuñadura enjorada, en una vaina de cuero ornamentado. Shevatas manejaba el arma con una cautela aparentemente exagerada. Hasta parecía

apartar el muslo desnudo del roce de la vaina. Y su cuidado no era infundado.

Éste era Shevatas, ladrón entre ladrones, cuyo nombre se murmuraba con respeto en las covachas del Maul y en las umbrías grietas bajo los templos de Bel, y que viviría en cantos y mitos durante mil años. Con todo, el miedo roía el corazón de Shevatas mientras se plantaba ante la cúpula de marfil de Kuthchemes. Cualquier necio podía ver que había algo antinatural en aquella estructura; la habían fustigado los soles y los vientos durante tres mil años, y sin embargo su oro y su marfil se alzaban limpios y relucientes como el día en que manos innominadas la erigieron en la ribera del río sin nombre.

Aquella antinaturalidad concordaba con la aura general de esas ruinas, morada de demonios. Este desierto era la misteriosa llanura al sureste de las tierras de Shem. A unos pocos días de viaje en camello hacia el suroeste, como bien sabía Shevatas, el viajero vería ya el gran río Estigia en el punto donde torcía en ángulo recto con su antiguo curso y fluía hacia occidente para vaciarse al fin en un mar lejano. En el recodo comenzaba la tierra de Estigia, la de pechos oscuros y dueña del sur, cuyos dominios, regados por el gran río, se alzaban abruptos del desierto circundante.

Hacia oriente, sabía Shevatas, el desierto se perdía en estepas que alcanzaban el reino hirkanio de Turán, que se levantaba en bárbaro esplendor en las orillas del gran mar interior. Una semana de marcha al norte, el desierto daba en un laberinto de cerros estériles, más allá de los cuales se extendían las tierras altas y fértiles de Koth, el reino más meridional de las razas hiborias. Hacia occidente, el desierto se fundía en los prados de Shem, que se estiraban hasta el océano.

Todo eso lo sabía Shevatas sin ser muy consciente de saberlo, como un hombre conoce las calles de su ciudad. Había viajado mucho y saqueado los tesoros de muchos reinos. Pero ahora vacilaba y se estremecía ante la empresa más alta y el mayor tesoro de todos.

En aquella cúpula de marfil yacían los huesos de Thugra Khotan, el oscuro hechicero que reinó en Kuthchemes tres mil años atrás, cuando los reinos de Estigia se extendían muy al norte del gran río, sobre los prados de Shem y hasta las tierras altas. Entonces la gran marea de los hiborios se había volcado hacia el sur desde la cuna de su raza, cerca del polo septentrional. Fue una deriva titánica que se prolongó durante siglos y edades. Pero en el reinado de Thugra Khotan, último mago de Kuthchemes, barbaros de ojos grises y cabellos leonados, con pieles de lobo y cota de escamas, cabalgaron desde el norte hasta las ricas mesetas para tallar el reino de Koth con sus espadas de hierro. Pasaron sobre Kuthchemes como una ola de marea, lavando sus torres de mármol en sangre, y el reino estigio del norte cayó envuelto en fuego y ruina.

Mas mientras destrozaban las calles de su ciudad y segaban a sus arqueros como mies madura, Thugra Khotan bebió un veneno extraño y terrible, y sus sacerdotes enmascarados lo encerraron en la tumba que él mismo había preparado. Sus devotos murieron ante aquella tumba en holocausto carmesí, pero los bárbaros no pudieron forzar la puerta ni mellar la estructura con maza o fuego. Así que se marcharon, dejando la gran ciudad en ruinas, y en su sepulcro de cúpula marfileña durmió sin ser molestado el gran Thugra Khotan, mientras los lagartos de la desolación roían las columnas que se desmoronaban y el río mismo que antaño regaba su tierra se hundía en las arenas y se secaba.

Más de un ladrón intentó apoderarse del tesoro que las fábulas decían amontonado junto a los huesos carcomidos dentro de la cúpula. Y muchos murieron a la puerta de la tumba; a otros los acosaron sueños monstruosos hasta morir con la espuma de la locura en los labios.

Así se estremecía Shevatas ante la tumba, y no sólo por la leyenda de la serpiente que se decía guardaba los huesos del hechicero. Sobre todos los mitos de Thugra Khotan pendían el horror y la muerte como un sudario. Desde donde estaba el ladrón veía las ruinas del gran salón en que, durante las fiestas, centenares de

cautivos encadenados se arrodillaban para que el rey-sacerdote les cercenase la cabeza en honor de Set, el dios Serpiente de Estigia. Algún lugar cercano había sido la fosa, oscura y pavorosa, en que se arrojaban chillando las víctimas para alimentar a una innominable monstruosidad amorfa que subía desde un antro más profundo y más infernal. La leyenda hacía a Thugra Khotan más que humano; su culto persistía aún en una secta mestiza y degradada cuyos adeptos estampaban su efigie en monedas para pagar el tránsito de sus muertos sobre el gran río de tinieblas del que el Estigia no era sino sombra material. Shevatas había visto aquella efigie en monedas hurtadas bajo las lenguas de los muertos, y su imagen le había quedado grabada a fuego en el cerebro.

Mas apartó sus temores y subió hasta la puerta de bronce, cuya lisa superficie no mostraba cerrojo ni aldaba. No en vano se había infiltrado en cultos sombríos, había escuchado los susurros siniestros de los devotos de Skelos bajo árboles a medianoche y hojeado los prohibidos libros encuadernados en hierro de Vathelos el Ciego.

Arrodillado ante el portal, tanteó el umbral con dedos ágiles; las yemas, sensibles, encontraron resaltes demasiado pequeños para que el ojo los percibiese o dedos menos diestros los descubriesen. Los presionó con cuidado y según un orden peculiar, mientras murmuraba una invocación olvidada hace mucho. Al oprimir el último resalte, saltó con prisa frenética y golpeó el centro exacto de la puerta con la palma abierta, rápida y seca.

No sonó chirrido de resorte ni bisagra, pero la puerta retrocedió hacia adentro, y el aliento se escapó en un silbido de entre los dientes apretados de Shevatas. Se descubrió un corredor corto y estrecho. Por él había resbalado la puerta, que ahora encajaba al otro extremo. El suelo, el techo y las paredes del angosto pasadizo eran de marfil, y de una abertura en un costado surgió una muda y retorcida horror que se alzó para mirar al intruso con pavorosos ojos luminosos: una serpiente de seis varas de largo, con escamas irisadas y tornasoladas.

El ladrón no perdió tiempo cavilando qué fosas negras situadas bajo la cúpula habrían dado sustento al monstruo. Con cautela desenfundó la espada, de cuya hoja goteaba un líquido verdoso exactamente igual al que bababa de los colmillos cimitarra del reptil. La hoja estaba empapada en el veneno de la propia estirpe de la serpiente, y la obtención de ese veneno, en los pantanos poseídos por los genios de Zíngara, habría merecido por sí misma una saga.

Shevatas avanzó con cautela, sobre las puntas de los pies y las rodillas levemente flexionadas, listo para saltar a uno u otro lado como un relámpago. Y necesitó toda su velocidad coordinada cuando la serpiente arqueó el cuello y lanzó la dentellada, disparándose a todo su largo como un rayo. Por rápidos que fueran sus nervios y sus ojos, Shevatas habría muerto de no mediar el azar. Sus planes bien trazados—apartar el cuerpo de un salto y descargar el golpe hacia abajo sobre el cuello extendido—quedaron anulados por la cegadora velocidad del ataque. El ladrón apenas tuvo tiempo de extender la espada delante de sí, cerrando involuntariamente los ojos y lanzando un grito. Luego la espada fue arrancada de su mano y el corredor se llenó de un horrendo azotear y contorsionarse.

Abrió los ojos, asombrado de seguir vivo, y vio al monstruo retorcer su forma viscosa en fantásticas convulsiones, la espada atravesándole las fauces gigantescas. El puro azar lo había arrojado de lleno contra la punta que él sostenía a ciegas. Pocos momentos después, la serpiente se hundió en brillantes anillos apenas palpitantes, al hacer efecto el veneno de la hoja.

Pasando por encima con tiento, el ladrón empujó la puerta, que esta vez se apartó, revelando el interior de la cúpula. Shevatas lanzó un grito; en lugar de tinieblas absolutas había entrado en una luz carmesí que latía y palpitaba casi más allá de lo que pueden soportar ojos mortales. Provenía de una joya roja gigantesca, alta, en la bóveda de la cúpula. Shevatas se quedó boquiabierto, por acostumbrado que estuviera a la visión de riquezas. El tesoro estaba allí, amontonado en pasmosa profusión—pilas de diamantes, zafiros, rubíes, turquesas, ópalos, esmeraldas; zigurats de jade, azabache y

lapislázuli; pirámides de cuñas de oro; teocalis de lingotes de plata; espadas de empuñadura enjoyada en vainas de brocado de oro; yelmos de oro con crines de colores o penachos negros y escarlata; corazas de escamas de plata; arneses cuajados de gemas, llevados por reyes guerreros desde hacía tres mil años en sus tumbas; copas talladas en una sola piedra preciosa; cráneos chapados en oro, con ojos de piedra lunar; collares de dientes humanos engastados con joyas. El suelo de marfil estaba cubierto por centímetros de polvo de oro que centelleaba y relumbraba bajo el resplandor carmesí con un millón de luces chisporroteantes. El ladrón se hallaba en un país de maravilla y magia, pisoteando estrellas con sus sandalias.

Pero sus ojos estaban fijos en el estrado de cristal que se alzaba en medio de aquel fulgor, directamente bajo la joya roja, y sobre el cual debían de yacer los huesos desmoronados, volviéndose polvo con el arrastrarse de los siglos. Y cuando Shevatas miró, la sangre se le quitó del rostro moreno; la médula se le heló y la piel de la espalda se le arrugó de horror, mientras los labios se le abrían sin voz. Mas de pronto encontró la voz en un alarido espantoso que resonó horriblemente bajo la cúpula. Luego, de nuevo, el silencio de las edades reposó entre las ruinas de la misteriosa Kuthchemes.

CAPÍTULO 2

Rumores subieron por las praderas hasta las ciudades de los hiborios. La voz corrió a lo largo de las caravanas, los largos trenes de camellos que avanzaban por las arenas, arreado por hombres enjutos, de ojos de halcón, con caftanes blancos. La pasaron los pastores de nariz ganchuda de las hierbas altas, de los moradores de tiendas a los moradores de las macizas ciudades de piedra donde reyes de barba rizada, azul-negra, rendían culto con ritos curiosos a dioses panza-redonda. La voz trepó por el fleco de colinas donde enjutas tribus cobraban peaje a las caravanas. Los rumores llegaron a las fértiles tierras altas donde se alzaban ciudades señoriales sobre lagos y ríos azules: los rumores marcharon por los anchos caminos blancos, atestados de carretas de bueyes, hatos bramadores, ricos mercaderes, caballeros con acero, arqueros y sacerdotes.

Eran rumores del desierto que yace al este de Estigia, muy al sur de las colinas kothianas. Un nuevo profeta se había alzado entre los nómadas. Se hablaba de guerra tribal, de un bando de buitres que se juntaba en el sudeste y de un líder terrible que llevaba a sus huestes, cada vez más numerosas, a la victoria. Los estigios, siempre una amenaza para las naciones del norte, aparentemente no estaban conectados con este movimiento; pues reunían ejércitos en sus fronteras orientales y sus sacerdotes hacían magia para combatir la del hechicero del desierto, a quien llamaban Natohk, el Velo, porque siempre iba enmascarado.

Pero la marea barrió hacia el noroeste, y reyes de barba azul murieron ante los altares de sus dioses panzudos, y sus ciudades de muros macizos se empaparon en sangre. Se decía que las tierras altas de los hiborios eran la meta de Natohk y sus devotos cantores.

No eran raras las razzias desde el desierto, pero aquel movimiento parecía prometer algo más que una incursión. Rumor aseguraba que Natohk había soldado a su causa treinta tribus nómadas y quince ciudades, y que un príncipe estigio rebelde se le había unido. Esto último daba al asunto cariz de guerra verdadera.

Como era de esperar, la mayoría de las naciones hiborias tendían a ignorar la amenaza creciente. Pero en Khoraja, tallada en tierras de Shem por las espadas de aventureros kothianos, se prestó atención. Al sureste de Koth, sería la que cargase con el embate de la invasión. Y su joven rey estaba cautivo del traicionero rey de Ofir, que vacilaba entre devolverlo por un enorme rescate o entregarlo a su enemigo, el avaro rey de Koth, que no ofrecía oro, pero sí un tratado ventajoso. Entretanto, el gobierno del reino tambaleante estaba en las blancas manos de la joven princesa Yasmela, hermana del rey.

Los juglares cantaban su belleza por todo Occidente, y el orgullo de una dinastía regia era suyo. Pero aquella noche dejó caer su orgullo como si fuese un manto. En su cámara, cuyo techo era una cúpula de lapislázuli, cuyo suelo de mármol estaba sembrado de pieles raras y cuyos muros se prodigaban en frisos de oro, diez doncellas, hijas de nobles, con sus miembros esbeltos cargados de ajorcas y ajorquines cuajados de gemas, dormían en divanes de terciopelo en torno al lecho real, con su estrado dorado y su dosel de seda. Pero la princesa Yasmela no se abandonaba en aquel lecho de seda. Yacía desnuda, sobre el vientre elástico, en el mármol desnudo, como la más abatida suplicante, con la melena oscura desparramada sobre los blancos hombros, los dedos finos entrelazados. Yacía y se retorció en puro horror que helaba la sangre de sus miembros flexibles y dilataba sus hermosos ojos; que le

erizaba la raíz del cabello negro y levantaba carne de gallina a lo largo de su espina grácil.

Sobre ella, en el rincón más oscuro de la cámara de mármol, acechaba una sombra vasta y sin forma. No era cosa viva de forma ni de carne y sangre. Era un coágulo de tinieblas, una mancha en la vista, un monstruoso ícubo nacido de la noche que se habría tenido por figuración de un cerebro narcotizado por el sueño, a no ser por los puntos de fuego amarillo que llameaban como dos ojos desde la negrura.

Además, de ello brotaba una voz—un silbido bajo, sutil, inhumano, más parecido al suave abominable sisear de una serpiente que a otra cosa, y que al parecer no podía salir de unos labios humanos. Su sonido, tanto como su sentido, llenaba a Yasmela de un terror estremecedor tan intolerable que se retorció y retorció su cuerpo esbelto como bajo el azote, como si el contorsionismo físico pudiera librar su mente de aquella vileza insinuante.

—Estás marcada para mí, princesa —susurró, triunfante—. Antes de despertar del largo sueño ya te había marcado, y te anhelaba; pero me retenía el antiguo sortilegio con el que escapé de mis enemigos. ¡Soy el alma de Natohk, el Velo! ¡Mírame bien, princesa! Pronto me contemplarás en mi forma corporal, ¡y me amarás!

El siseo espectral se deshizo en risitas lujuriosas, y Yasmela gimió y golpeó con los puños diminutos las losas de mármol en un éxtasis de terror.

—Duermo en la cámara del palacio de Akbatana —prosiguió el siseo—. Allí yace mi cuerpo en su armazón de huesos y carne. Pero no es sino una envoltura vacía de la que el espíritu ha volado por breve espacio. Si asomaras por aquella ventana del palacio, comprenderías la futilidad de resistir. El desierto es un jardín de rosas bajo la luna, donde florecen los fuegos de cien mil guerreros. Como una avalancha que baja, creciendo en bulto y en ímpetu, barreré las tierras de mis antiguos enemigos. Sus reyes me darán cráneos para copas; sus mujeres y sus hijos serán esclavos de los

esclavos de mis esclavos. He crecido en fuerza durante los largos años de ensueño...

—¡Pero tú serás mi reina, oh princesa! Te enseñaré los antiguos caminos olvidados del placer. Nosotros—

Ante el torrente de obscenidad cósmica que manó del coloso sombrío, Yasmela se encogió y retorció como si un látigo le flagelara la tersa piel desnuda.

—¡Recuerda! —susurró el horror—. ¡No serán muchos los días antes de que venga a reclamar lo que es mío!

Yasmela, apretando el rostro contra las losas y tapándose las rosadas orejas con los dedos delicados, pareció, no obstante, oír un extraño batir, como de alas de murciélago. Luego, al alzar la mirada con temor, sólo vio la luna que entraba por la ventana con un haz que reposaba como una espada de plata sobre el lugar en que el fantasma había acechado. Temblando en todos sus miembros, se alzó y se tambaleó hasta un diván de raso, donde se dejó caer, sollozando histéricamente. Las doncellas siguieron durmiendo, salvo una, que se despabiló, bostezó, estiró el cuerpo esbelto y parpadeó en torno. Al instante estuvo de rodillas junto al diván, con los brazos alrededor de la cintura flexible de Yasmela.

—¿Fue... fue...? —Sus ojos oscuros se abrieron de par en par de miedo. Yasmela la abrazó convulsivamente.

—Oh, Vateesa. ¡Ha vuelto! ¡Lo vi—lo oí hablar! Pronunció su nombre—¡Natohk! ¡Es Natohk! No es pesadilla—se alzó sobre mí mientras las muchachas dormían como drogadas. ¿Qué, oh, qué voy a hacer?

Vateesa retorció un brazaletes de oro en su brazo redondeado, meditativa.

—Oh, princesa —dijo—, es evidente que ningún poder mortal puede enfrentarse a Eso, y es inútil el talismán que te dieron los sacerdotes de Ishtar. Busca, pues, el olvidado oráculo de Mitra.

A despecho del reciente espanto, Yasmela se estremeció. Los dioses de ayer son los demonios de mañana. Los kothianos hacía mucho que habían abandonado el culto de Mitra, olvidando los atributos del dios universal hiborio. Yasmela tenía una vaga idea de que, por ser antiquísimo, por fuerza sería terrible. Ishtar inspiraba mucho temor, y todos los dioses de Koth. La cultura y la religión kothianas se habían visto sutilmente mezcladas con corrientes shemitas y estigias. Las formas sencillas de los hiborios se habían modificado en gran medida por los hábitos sensuales, lujosos y despóticos de Oriente.

—¿Me ayudará Mitra? —Yasmela aferró la muñeca de Vateesa con ansia—. Hemos adorado a Ishtar tanto tiempo...

—¡Seguro que sí! —Vateesa era hija de un sacerdote ofirio que había traído sus costumbres al huir de enemigos políticos a Khoraja—. ¡Busca el santuario! Yo iré contigo.

—¡Iré! —se alzó Yasmela, pero objetó cuando Vateesa se dispuso a vestirla—. No conviene presentarse ante el santuario con seda. Iré desnuda, de rodillas, como corresponde a una suplicante, no vaya Mitra a creerme faltona de humildad.

—¡Disparate! —Vateesa tenía poco respeto por lo que juzgaba un falso culto—. Mitra quiere a la gente de pie delante de él; no arrastrándose como gusanos ni derramando sangre de animales por sus altares.

Reprendida así, Yasmela permitió a la muchacha que la ataviara con la ligera camisa sin mangas de seda, sobre la cual se deslizó una túnica de seda ceñida a la cintura por un ancho cíngulo de terciopelo. Calzáronle zapatillas de raso en los pies esbeltos y unas manos rosas y diestras de Vateesa arreglaron sus ondas morenas. Luego la princesa siguió a la muchacha, que corrió a un tapiz pesado, laborado en oro, y descorrió el cerrojo dorado de la puerta que ocultaba. Daba a un pasillo angosto y tortuoso, por el que las dos se encaminaron a toda prisa, hasta otra puerta y un corredor ancho. Allí estaba un guardia, con yelmo crestado de oro, coraza

plateada y grebas cinceladas, con una alabarda de astil largo en las manos.

Un gesto de Yasmela contuvo su exclamación y, saludando, volvió a su puesto junto al umbral, inmóvil como imagen de bronce. Las jóvenes cruzaron el corredor, que en la luz de las cazoletas a lo largo de los muros altos parecía inmenso y extraño, y descendieron una escalera donde Yasmela se estremeció ante las manchas de sombra colgadas en los ángulos. Tres niveles abajo se detuvieron por fin en un corredor estrecho, de techo abovedado cuajado de joyas, suelo de losas de cristal y paredes decoradas con frisos de oro. Por aquel camino reluciente se deslizaron, mano con mano, hasta un portalón dorado.

Vateesa empujó la puerta, revelando un santuario hacía mucho olvidado salvo por unos pocos fieles y por visitantes reales a la corte de Khoraja, en gran parte por cuyo beneficio se mantenía el templo. Yasmela nunca había entrado allí, aunque había nacido en el palacio. Sencillo y sin adornos en comparación con la ostentación de los santuarios de Ishtar, lo envolvía una dignidad y una belleza simples, características de la religión mitriana.

El techo era alto, pero no abovedado, y de mármol blanco como las paredes y el suelo; por las primeras corría una franja estrecha de oro. Detrás de un altar de jade verde claro, sin mancha de sacrificio, estaba el pedestal donde se sentaba la manifestación material de la deidad. Yasmela contempló con asombro la anchura magnífica de hombros, los rasgos nítidos—los ojos rectos y anchos, la barba patriarcal, los gruesos rizos del cabello ceñidos por una simple cinta en las sienes. Aquello, aunque no lo supiera, era arte en su forma más alta: la libre expresión de una raza muy estética, sin trabas de simbolismo convencional.

Cayó de rodillas y luego de bruces, sin hacer caso de las admoniciones de Vateesa; y Vateesa, por si acaso, siguió su ejemplo; al fin y al cabo sólo era una muchacha, y el santuario de Mitra imponía respeto. Pero aun así no pudo dejar de susurrar al oído de Yasmela.

—Esto no es más que el emblema del dios. Nadie pretende saber cómo es Mitra. Esto lo representa en forma humana idealizada, lo más cerca de la perfección que la mente puede concebir. No habita en esta piedra fría, como dicen tus sacerdotes que hace Ishtar. Está en todas partes: sobre nosotros y a nuestro alrededor, y a veces sueña en las alturas, entre las estrellas. Pero aquí se enfoca su ser. Llámale, pues.

—¿Qué debo decir? —susurró Yasmela, tartamudeante de terror.

—Antes de que hables, Mitra conoce el contenido de tu mente... —empezó Vateesa. Entonces ambas se sobresaltaron violentamente cuando una voz se alzó en el aire sobre ellas. Los tonos profundos, calmos, campaniles, no emanaban más de la imagen que de cualquier otro punto de la cámara. Otra vez tembló Yasmela ante una voz sin cuerpo que le hablaba, pero esta vez no de horror ni repulsión.

—No hables, hija mía, porque conozco tu necesidad —sonaron las entonaciones, como hondas musicales que baten rítmicas sobre una orilla de oro—. Sólo de un modo puedes salvar tu reino, y salvándolo, salvar al mundo entero de los colmillos de la serpiente que ha reptado desde las tinieblas de las edades. Sal a la calle sola y pon tu reino en manos del primer hombre que allí encuentres.

Los tonos, sin eco, cesaron y las muchachas se miraron. Luego, alzándose, salieron en puntillas y no hablaron hasta hallarse de nuevo en la cámara de Yasmela. La princesa miró por las ventanas enrejadas de oro. La luna se había puesto. Era ya muy pasada la medianoche. Los ruidos de regocijo habían muerto en los jardines y en las azoteas de la ciudad. Khoraja dormía bajo las estrellas, que parecían reflejarse en las cazoletas que titilaban en los jardines, a lo largo de las calles y en los techos planos donde la gente dormía.

—¿Qué harás? —susurró Vateesa, toda temblores.

—Dame mi manto —respondió Yasmela, apretando los dientes.

—¡Pero sola, en las calles, a estas horas! —protestó Vateesa.

—Mitra ha hablado —replicó la princesa—. Puede haber sido la voz del dios, o una treta de sacerdote. No importa. ¡Iré!

Envolviéndose en un manto de seda amplio y calándose un gorro de terciopelo del que pendía un velo tenuísimo, pasó a toda prisa por los corredores y se acercó a una puerta de bronce donde una docena de lanceros se quedaron boquiabiertos al verla pasar. Aquel ala del palacio daba directamente a la calle; por los demás lados lo rodeaban amplios jardines, bordeados por un alto muro. Salió a la calle, iluminada por cazoletas puestas a intervalos regulares.

Vaciló; luego, antes de que se le flaqueara la resolución, cerró la puerta a su espalda. Un leve estremecimiento la sacudió al mirar arriba y abajo la calle, silenciosa y desierta. Aquella hija de aristócratas nunca había salido sin escolta de su palacio ancestral. Luego, haciéndose firme, subió con rapidez por la calle. Sus zapatillas de raso apenas sonaban en el empedrado, pero aquel sonido leve le subió a la garganta el corazón. Imaginaba su caer resonando atronador por la cavernosa ciudad, despertando figuras andrajosas de ojos de rata en guaridas ocultas entre cloacas. Toda sombra parecía esconder un asesino agazapado; todo portal ciego, encubrir los sabuesos furtivos de la noche.

Entonces dio un respingo. Más adelante apareció una figura en la calle fantasmagórica. Se metió rápido en un bulto de sombras, que ahora parecía un refugio, con el pulso desbocado. La figura que se acercaba no iba furtiva, como un ladrón, ni tímida, como un caminante medroso. Caminaba por la calle nocturna como quien no tiene necesidad ni deseo de andar quedo. Un bamboleo inconsciente iba en su paso, y sus pisadas resonaban en el empedrado. Al pasar junto a una cazoleta lo vio claramente: un hombre alto, con el almófar de malla de un mercenario. Ella se afirmó y salió del amparo de sombras, sujetándose el manto.

—¡Sa-ha! —La espada le lució a medio fuera de la vaina. Se detuvo al ver que sólo era una mujer quien se le ponía delante; pero su mirada rápida le pasó por encima de la cabeza, buscando posibles cómplices en las sombras.

Se plantó frente a ella, la mano en la larga empuñadura que asomaba por debajo de la capa escarlata, que caía descuidada de sus hombros de malla. La luz de la antorcha reverberó, apagada, en el acero azul bruñido de sus grebas y su celada. Un fuego más funesto brilló azulado en sus ojos. A primera vista vio ella que no era kothiano; al oírle, supo que no era hiborio. Iba vestido como capitán de mercenarios, y en ese desesperado cuerpo había hombres de muchas tierras, bárbaros y extranjeros civilizados. Había en aquel guerrero un aire lobuno que lo marcaba como bárbaro. Los ojos de ningún civilizado, por salvaje o criminal que fuese, ardían con tal fuego. En su aliento olía el vino, pero ni iba tambaleante ni tartamudeaba.

—¿Te han echado a la calle? —preguntó en kothiano basto, echándole mano. Los dedos le cerraron con ligereza en torno a la muñeca redondeada de ella, pero ella sintió que podría haberle hecho trizas los huesos sin esfuerzo—. Acabo de salir de la última taberna abierta. ¡La maldición de Ishtar sobre esos reformadores tripas blandas que cierran las casas de bebida! «Es mejor dormir que trasegar», dicen: ¡ah, para que trabajen y peleen mejor para sus amos! Eunuco tripa blanda, les llamo yo. Cuando serví con los mercenarios de Corintia, nos emborrachábamos y nos íbamos de faldas toda la noche y peleábamos todo el día; ¡sí, la sangre corría por las acanaladuras de las espadas! Pero ¿y tú, moza? Quítate ese maldito velo...

Evitó su manotazo con un giro ágil del cuerpo, procurando no aparentar repulsa. Comprendía el peligro en que estaba, a solas con un bárbaro borracho. Si revelaba su identidad, podía reírse de ella o marcharse. No estaba segura de que no le cortase el cuello. Los hombres bárbaros hacían cosas extrañas e inexplicables. Peleó contra el miedo creciente.

—Aquí no —rió—. Ven conmigo...

—¿Adónde? —Su sangre salvaje estaba caliente, pero era cauto como un lobo—. ¿Me llevas a algún cubil de bandidos?

—No, no, te lo juro. —Le costó evitar de nuevo la mano que tanteaba su velo.

—¡Que te muerda el diablo, buscona! —gruñó con disgusto—. Eres tan pesada como una mujer hirkania con el condenado velo. Toma, al menos déjame mirarte la figura.

Antes de que lo impidiera, le arrancó el manto, y oyó el silbido de su aliento entre los dientes. Se quedó con el manto en la mano, mirándola como si la visión de sus ricos atavíos lo hubiese medio despejado. Vio ella centellear la sospecha, hosca, en sus ojos.

—¿Quién demonios eres? —masculló—. No eres una callejera, a no ser que tu mancebo haya robado el serrallo del rey para vestirte.

—No importa. —Se atrevió a posar la mano blanca en su macizo brazo encorazado—. Ven conmigo, fuera de la calle.

Vaciló; luego se encogió de hombros. Ella comprendió que medio creía que fuese alguna dama noble que, harta de galanes corteses, usaba aquel medio para divertirse. La dejó ponerse de nuevo el manto y la siguió. Yendo por la calle juntos, le miraba ella de soslayo. Su malla no lograba encubrir las líneas duras de fuerza tigresa. Todo en él era tigresco, elemental, indómito. Para ella resultaba tan ajeno como la selva, diferente como era de los galanes airoso a que estaba acostumbrada. Le temía; se decía que aborrecía su cruda fuerza bruta y su barbarie sin empacho, y sin embargo, algo sin aliento y peligroso dentro de ella se inclinaba hacia él: vibró la cuerda primitiva oculta que anida en el alma de toda mujer. Había sentido aquella mano recia en su brazo, y algo muy hondo en ella había hormigueado al recuerdo de ese contacto. Muchos hombres se habían arrodillado ante Yasmela. Aquel parecía ser de los que nunca se arrodillaban ante nadie. Sus sensaciones eran las de quien guía a un tigre desatado: estaba asustada y fascinada por su propio miedo.

Se detuvo ante la puerta del palacio y empujó con suavidad. Observando furtiva a su compañero, no vio sospecha en sus ojos.

—¿Palacio, eh? —rezongó—. ¿Eres doncella de cámara?

Se sorprendió preguntándose, con un extraño celo, si alguna de sus doncellas habría llevado a ese águila de guerra al palacio. Los guardias no dieron señal cuando lo condujo entre ellos, pero él los miró como mira un perro fiero a una jauría extraña. Lo condujo por una cortina hasta una cámara interior, donde él, sin rebozo, paseó la vista por los tapices hasta que vio una jarra de cristal con vino sobre una mesa de ébano. La alzó con suspiro satisfecho y la inclinó a los labios. Vateesa corrió desde una estancia interior, jadeando:

—¡Oh, mi princesa...!

—¡Princesa!

La jarra se estrelló en el suelo. Con un gesto demasiado rápido para la vista, el mercenario le arrancó el velo a Yasmela, fulminante. Retrocedió con una maldición, la espada saltándole a la mano, ancha y azul. Sus ojos llamearon como los de un tigre acorralado. El aire se cargó de tensión como en la calma antes de estallar la tormenta. Vateesa se desplomó en el suelo, muda de terror, pero Yasmela encaró sin pestañear al bárbaro enfurecido. Comprendía que su vida pendía de un hilo: enloquecido por la sospecha y el pánico sin razón, estaba listo para dar muerte al menor movimiento. Pero ella sentía cierta exaltación sin aliento en aquella crisis.

—No temas —dijo—. Soy Yasmela, pero no hay motivo para temerme.

—¿Por qué me trajiste aquí? —bufó él, con los ojos encendidos recorriendo la estancia—. ¿Qué trampa es ésta?

—No hay engaño —respondió—. Te traje porque puedes ayudarme. He invocado a los dioses—¡a Mitra!—y me mandó salir a la calle y pedir ayuda al primer hombre que encontrase.

Aquello lo podía entender. Los bárbaros tenían sus oráculos. Bajó la espada, aunque no la envainó.

—Bueno, si eres Yasmela, sí que necesitas ayuda —gruñó—. Tu reino está hecho un diablo. Pero ¿cómo puedo ayudarte? Si quieres un degüello, claro que...

—Siéntate —pidió—. Vateesa, tráele vino.

Obedeció, cuidando—observó ella—de sentarse con la espalda contra pared sólida, desde donde dominaba toda la cámara. Puso la espada desnuda sobre las rodillas encadenadas en malla. Ella la miró con fascinación. Aquel brillo azulado y apagado parecía reflejar historias de sangre y rapiña; dudaba que pudiera alzarla, y sabía que el mercenario la blandía con una mano tan ligeramente como ella un látigo. Notó la anchura y fuerza de sus manos; no eran las zarpas chatas de un troglodita. Con sobresalto culpable se sorprendió imaginando aquellos dedos fuertes hundidos en su melena oscura.

Pareció tranquilizarse cuando ella se dejó caer en un diván de raso al frente. Se quitó la celada y la puso en la mesa; echó atrás el almófar, dejando caer los pliegues de malla sobre los hombros macizos. Ella vio mejor su desemejanza de las razas hiborias. Había en su rostro oscuro y cicatrizado un deje de taciturnidad; y sin estar marcado por la depravación, ni definitivamente malvado, había más que un asomo de lo siniestro, realzado por sus ojos que humeaban azules. La frente baja y ancha coronaba una melena cuadrada y revuelta, negra como ala de cuervo.

—¿Quién eres? —preguntó de pronto.

—Conan, capitán de los lanceros mercenarios —respondió, apurando de un trago la copa y tendiéndola—. Nací en Cimmeria.

El nombre significaba poco para ella. Apenas sabía que era una tierra agreste y sombría muy al norte, más allá de los últimos puestos de los hiborios, poblada por una raza feroz y meditabunda. Nunca había visto a uno.

Apoyando el mentón en las manos, le clavó aquellos ojos negros que habían esclavizado tantos corazones.

—Conan de Cimmeria —dijo—, dijiste que necesitaba ayuda. ¿Por qué?

—Bueno —respondió—, cualquiera lo ve. Tienes al rey, tu hermano, en una prisión de Ofir; a Koth conspirando para

esclavizarte; a ese hechicero chillando fuego infernal y ruina en Shem... y lo que es peor, tus soldados desertan cada día.

No respondió enseguida; era nuevo para ella que un hombre se dirigiese con tanta franqueza, sin frases de cortesía.

—¿Por qué desertan mis soldados, Conan? —preguntó.

—Algunos se los compra Koth —replicó, tirando del jarro con gusto—. Muchos creen que Khoraja está condenada como estado independiente. Muchos se asustan con los cuentos de ese perro Natohk.

—¿Se mantendrán los mercenarios? —preguntó con ansiedad.

—Mientras nos pagues bien —contestó sin rodeos—. Vuestra política no nos importa. Puedes confiar en Amalric, nuestro general, pero el resto no somos más que hombres comunes que aman el botín. Si pagas el rescate que Ofir pide, dicen que no podrás pagarnos. Entonces podríamos pasarnos al rey de Koth, aunque ese tacaño maldito no es amigo mío. O podríamos saquear esta ciudad. En la guerra civil el botín abunda.

—¿Por qué no os pasaríais a Natohk? —inquirió.

—¿Qué iba a pagarnos? —bufó—. ¿Con ídolos panzudos de latón saqueados de las ciudades shemitas? Mientras pelees contra Natohk, puedes fiarte de nosotros.

—¿Te seguirían tus camaradas? —preguntó de golpe.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —respondió con deliberación— que voy a nombrarte comandante de los ejércitos de Khoraja.

Se detuvo, la copa en los labios, que se curvaron en amplia mueca. Le brillaron los ojos con luz nueva.

—¿Comandante? ¡Crom! ¿Y qué dirán tus nobles perfumados?

—¡Me obedecerán! —Aplaudió para llamar a un esclavo, que entró inclinándose—. Haz venir de inmediato al conde Thespides, y al

canciller Taurus, al lord Amalric y al agha Shupras.

—Pongo mi confianza en Mitra —dijo, clavando la mirada en Conan, que devoraba la comida que la trémula Vateesa le había puesto—. ¿Has visto mucha guerra?

—Nací en medio de una —respondió, arrancando con los dientes un trozo de carne de una gran pieza—. El primer sonido que oyeron mis oídos fue el choque de espadas y los gritos de matanza. He peleado en venganzas de sangre, guerras tribales y campañas imperiales.

—¿Pero puedes dirigir hombres y ordenar líneas de batalla?

—Bueno, puedo intentarlo —replicó con flema—. No es más que esgrima a mayor escala. Haces caer su guardia, luego iestoca, tajo! Y o le cortas la cabeza, o te la cortan.

Entró de nuevo el esclavo, anunciando la llegada de los llamados, y Yasmela pasó a la cámara exterior, corriendo las cortinas de terciopelo tras de sí. Los nobles hincaron la rodilla, sorprendidos por su cita a tal hora.

—Os he reunido para comunicaros mi decisión —dijo Yasmela—. El reino está en peligro...

—Cierto, mi princesa. —Habló el conde Thespides: hombre alto, rizos negros perfumados. Con una mano pálida se alisaba el bigote en punta, con la otra sostenía un caperuzón de terciopelo con pluma escarlata prendida por broche de oro. Los zapatos puntiagudos eran de raso, su *cote-hardie* de terciopelo bordado en oro. Su ademán era algo afectado, pero los nervios bajo las sedas eran de acero—. Sería prudente ofrecer a Ofir más oro por la liberación de vuestro real hermano.

—Discrepo con firmeza —intervino Taurus, el canciller, anciano de manto orlado de armiño, con el rostro surcado por las preocupaciones de su largo servicio—. Ya hemos ofrecido lo que empobrecerá al reino. Ofrecer más excitaría la codicia de Ofir. Mi princesa, digo como dije: Ofir no moverá un dedo hasta que

hayamos afrontado a esta horda invasora. Si perdemos, entregará al rey Khossus a Koth; si vencemos, sin duda nos lo devolverá tras pagar el rescate.

—Y entretanto —irrumpió Amalric— los soldados desertan a diario y los mercenarios están inquietos por saber por qué vacilamos. —Era nemedio, hombre grande con melena leonina rubia—. Debemos movernos pronto, si es que nos movemos...

—Mañana marchamos hacia el sur —repuso ella—. ¡Y éste será el hombre que os lidere!

Corriendo las cortinas, indicó teatralmente al cimmerico. Quizá no fue el momento más feliz para la revelación. Conan estaba echado en la silla, los pies sobre la mesa de ébano, entretenido en roer un hueso de res que sujetaba con ambas manos. Echó una mirada casual a los nobles atónitos, esbozó una leve sonrisa a Amalric y siguió mordisqueando sin disimular el deleite.

—¡Mitra nos proteja! —estalló Amalric—. ¡Es Conan, el norteño, el más turbulento de mis canallas! ¡Ya lo habría ahorcado, si no fuera el mejor espadachín que jamás vistió almófar...!

—¡Vuestra alteza se complace en bromear! —exclamó Thespides, oscurecido el rostro aristocrático—. ¡Ese hombre es un salvaje: un sujeto sin cultura ni crianza! ¡Es un insulto pedir a caballeros que sirvan bajo él! Yo...

—Conde Thespides —dijo Yasmela—, lleváis mi guante bajo el tahalí. Devolvedmelo, y marchaos.

—¿Marcharme? —saltó—. ¿Adónde?

—¡A Koth o al Infierno! —respondió—. Si no queréis servirme como deseo, no me serviréis en absoluto.

—Me ofendéis, princesa —respondió él, inclinándose, hondamente dolido—. No os abandonaré. Por vos pondré mi espada a disposición de ese salvaje.

—¿Y vos, lord Amalric?

Amalric maldijo entre dientes y luego sonrió. Verdadero soldado de fortuna, ningún giro del destino, por escandaloso que fuese, lo sorprendía mucho.

—Le serviré. Vida corta y alegre, digo yo—y con Conan Corta-Gargantas al mando, la vida será alegre y corta. ¡Mitra! ¡Si ese perro ha mandado jamás algo más que una compañía de degolladores, me lo comeré, con arnés y todo!

—¿Y vos, agha mío? —se volvió a Shupras.

Se encogió de hombros con resignación. Era típico de la raza forjada a lo largo de las fronteras meridionales de Koth—alto y enjuto, de facciones más delgadas y de halcón que sus parientes del desierto de sangre más pura.

—Ishtar dispone, princesa. —Habló el fatalismo de sus ancestros.

—Esperad aquí —ordenó ella, y mientras Thespides mordía su caperuzón de terciopelo, Taurus mascullaba cansado entre dientes y Amalric iba y venía tirando del bigote amarillo y sonriendo como león hambriento, Yasmela volvió por las cortinas y aplaudió a sus esclavas.

Por su mandato trajeron arnés para reemplazar la cota de malla de Conan: gorguera, escarpes, coraza, hombreras, quijotes, musleras y celada. Cuando Yasmela descorrió de nuevo las cortinas, un Conan de acero bruñido estaba ante su audiencia. Encorazado de placa, visera alzada y rostro oscuro sombreado por las plumas negras que ondeaban sobre el yelmo, había en él una gravedad impresionante que hasta el propio Thespides notó de mala gana. Un chiste se le murió de pronto en los labios a Amalric.

—Por Mitra —dijo lentamente—, nunca creí verte enfundado en arnés de placas, pero no lo desmereces. ¡Por mis falanges! Conan, ¡he visto reyes llevar las armas con menos señorío que tú!

Conan guardó silencio. Una vaga sombra cruzó su mente como presagio. Años después recordaría las palabras de Amalric, cuando el sueño se hiciera realidad.

CAPÍTULO 3

En la bruma temprana del alba, las calles de Khoraja se colmaron de gente que miraba las mesnadas salir por la puerta meridional. Por fin el ejército se ponía en marcha. Iban los caballeros, resplandecientes en armaduras de placa primorosamente labradas, penachos de colores ondeando sobre las celadas bruñidas. Sus caballos, enjaezados con seda, cuero lacado y hebillas de oro, caracoleaban y corveteaban mientras sus jinetes los hacían lucirse. La luz primera arrancaba destellos de las puntas de las lanzas que se alzaban como un bosque sobre la formación, con los pendones al viento. Cada caballero llevaba una prenda de dama, guante, cinta o rosa, atada al yelmo o al tahalí. Eran la caballería de Khoraja, quinientos fuertes, al mando del conde Thespides, que—decían—aspiraba a la mano de la propia Yasmela.

Tras ellos venía la caballería ligera, en caballos correosos. Los jinetes, típicos montañeses, enjutos y de rostro de halcón; en la cabeza, capacetes de acero; cota de malla brillando bajo los caftanes flotantes. Su arma principal era el terrible arco shemita, que podía enviar una saeta a quinientas varas. Eran cinco mil, y Shupras cabalgaba a su cabeza, el rostro enjuto y sombrío bajo el yelmo enhiesto.

Pisándoles los talones marchaban los lanceros de Khoraja, siempre relativamente pocos en cualquier estado hiborio, donde se tenía por honroso sólo el servicio a caballo. Estos, como los caballeros, eran

de antigua sangre kothiana—hijos de familias arruinadas, hombres rotos, mancebos sin blanca que no podían costearse caballo ni armadura de placas—quinientos en número.

Los mercenarios cerraban la retaguardia: mil jinetes, dos mil lanceros. Los caballos altos de la caballería parecían duros y fieros como sus jinetes; no hacían corvetas ni cabriolas. Había en esos asesinos profesionales, veteranos de campañas sangrientas, un aire sombrío de negocio. Encapuchados de malla de la cabeza a los pies, llevaban las celadas sin visera sobre las cogullas encadenadas. Los escudos sin blasones, las lanzas largas sin gallardetes. De los arzones pendían hachas o mazas de acero y cada cual llevaba al cinto una larga espada. Los lanceros estaban armados de forma muy parecida, aunque con picas en vez de lanzas.

Eran hombres de muchas razas y muchos crímenes. Había altos hiperbóreos, flacos y huesudos, de hablar lento y entrañas violentas; gunderos de pelo leonado de las colinas del noroeste; renegados corintios de andares fanfarrones; zíngaros morenos, de bigotes negros erizados y genio fogoso; aquilonios del remoto oeste. Pero todos—salvo los zíngaros—hiborios.

Tras todos iba un camello con ricos jaeces, llevado por un caballero en gran caballo de guerra y rodeado por un grupo de escogidos de las tropas reales. Su jinete, bajo el dosel de seda del asiento, era una figura esbelta y seda-clad; a su vista, el pueblo, siempre atento a la realeza, alzó gorras de cuero y prorrumpió en vítores.

Conan el cimmerico, inquieto en su armadura de placas, miró el camello engalanado con poca aprobación y habló a Amalric, que cabalgaba a su lado, resplandeciente en cota de malla trenzada en oro, pectoral dorado y yelmo con crinera ondeante.

—La princesa quería venir con nosotros. Es flexible, pero demasiado blanda para este trabajo. De todos modos tendrá que dejar esos ropajes.

Amalric se retorció el bigote amarillo para esconder una sonrisa. Evidentemente Conan suponía que Yasmela pensaba ceñirse una espada y tomar parte en la lucha, como hacen a menudo las mujeres bárbaras.

—Las mujeres de los hiborios no pelean como tus cimmericas, Conan —dijo—. Yasmela cabalga con nosotros para ver la batalla. Además —bajó la voz, moviéndose en la silla— entre tú y yo, me parece que la princesa no se atreve a quedarse atrás. Teme algo...

—¿Un motín? —Conan echó mano al puño—. Tal vez convenga colgar a unos cuantos ciudadanos antes de partir...

—No. Una de sus doncellas habló—balbuceó de Algo que entró en palacio de noche y asustó a Yasmela casi hasta el desvarío. Es hechicería de Natohk, no lo dudo. Conan, luchamos contra algo más que carne y sangre.

—Bueno —gruñó el cimmerico—, mejor salir al encuentro del enemigo que esperarle.

Miró la larga fila de carros y mochileros, recogió las riendas en la mano encadenada y, por costumbre, pronunció la frase de marcha de los mercenarios:

—¡Infierno o botín, camaradas—marcha!

Tras el largo tren, se cerraron las puertas ponderosas de Khoraja. Cabezas ansiosas alinearon las almenas. Bien sabían los ciudadanos que veían partir la vida o la muerte. Si el ejército era vencido, el futuro de Khoraja se escribiría con sangre. En las hordas que subían del salvaje sur, la misericordia era una cualidad desconocida.

Todo el día marcharon las columnas, por praderas ondulantes, cortadas por riachuelos, y el terreno empezó a levantar en suave pendiente. Delante había una cadena de colinas bajas, que trazaban una muralla ininterrumpida de este a oeste. Acamparon aquella noche en las laderas septentrionales, y hombres de nariz ganchuda y

ojos de fuego, de las tribus de las colinas, acudieron por decenas a agacharse junto a los fuegos y repetir noticias venidas del misterioso desierto. En sus relatos corría el nombre de Natohk como una serpiente que reptaba. A su mandato los demonios del aire traían trueno, viento y niebla; los íncubos del inframundo sacudían la tierra con rugidos pavorosos. Sacaba fuego del aire y consumía las puertas de las ciudades amuralladas, y quemaba hombres acorazados hasta dejarlos en astillas de hueso carbonizado. Sus guerreros cubrían el desierto con su número, y tenía cinco mil tropas estigias en carros de guerra bajo el príncipe rebelde Kutamun.

Conan escuchaba imperturbable. La guerra era su oficio. La vida, batalla continua, o serie de batallas, desde su nacimiento. La Muerte había sido compañera constante. Paseaba horribla a su lado; se plantaba a su hombro junto a los tableros de juego; sus dedos huesudos tintineaban en las copas de vino. Se alzaba sobre él, sombra encapuchada y monstruosa, cuando se echaba a dormir. No le hacía más caso de lo que un rey hace a su copero. Algún día su garra ósea se cerraría, y ya. Bastaba con vivir el presente.

Sin embargo, otros eran menos despreocupados que él. Volviendo de las líneas de centinelas, se detuvo Conan cuando una figura esbelta y embozada le detuvo con una mano extendida.

—¡Princesa! Deberíais estar en vuestra tienda.

—No pude dormir. —Sus ojos oscuros llevaban fantasma—. ¡Conan, tengo miedo!

—¿Hay hombres en el ejército a quienes temáis? —Su mano se cerró en la empuñadura.

—A ningún hombre —se estremeció—. Conan, ¿hay algo que temáis?

Lo pensó, tirando de la barba.

—Sí —admitió al fin—, la maldición de los dioses.

Volvió a estremecerse.

—Estoy maldita. Un íncubo del abismo ha puesto su marca en mí. Noche tras noche se oculta en las sombras, susurrándome secretos horribles. Me arrastrará abajo para ser su reina en el infierno. No me atrevo a dormir—vendrá a mi pabellón como vino al palacio. ¡Conan, eres fuerte; tenme contigo! ¡Tengo miedo!

Ya no era una princesa, sino una muchacha aterrada. Su orgullo la había abandonado, dejándola sin vergüenza en su desnudez. En su pánico frenético acudió a quien parecía más fuerte. El poder despiadado que la repelía antes ahora la atraía.

Por toda respuesta él se quitó la capa escarlata y se la echó encima, con rudeza, como si le fuese imposible cualquier ternura. Su mano de hierro reposó un instante en el hombro esbelto, y ella volvió a estremecerse, pero no de miedo. Como un latigazo, una oleada de vitalidad animal la recorrió al mero contacto, como si algo de su fuerza exuberante se le hubiese transmitido.

—Acuestaos aquí. —Señaló un claro bien barrido junto a un fuegucillo. No veía incongruencia alguna en que una princesa se tendiese en el suelo desnudo junto al fuego, envuelta en la capa de un guerrero. Y ella obedeció sin objeción.

Él se sentó cerca, en una roca, la ancha espada sobre las rodillas. Con la luz del fuego rebrillando en su acero azul, parecía una imagen de acero: poder dinámico por el momento en reposo; no descansando, sino inmóvil, a la espera de la señal de lanzarse otra vez a la acción terrible. La luz jugaba en sus facciones, haciéndolas parecer talladas en sustancia sombría pero dura como el acero. Estaban inmóviles, pero los ojos humeaban con vida fiera. No era solamente un hombre salvaje; era parte de lo salvaje, uno con los elementos indomables de la vida; en sus venas corría sangre de jauría de lobos; en su cerebro anidaban honduras de noche nortea; en su corazón latía el fuego de bosques en llamas.

Así, a medias meditando, a medias soñando, Yasmela se durmió, envuelta en sensación de deliciosa seguridad. De algún modo sabía que ninguna sombra de ojos de fuego se inclinaría sobre ella en la

oscuridad, con aquella figura adusta de las tierras fronterizas en guardia. Sin embargo, una vez más despertó, a estremecerse de miedo cósmico, aunque no por nada que viera.

Fue un murmullo bajo de voces lo que la despertó. Al abrir los ojos, vio que el fuego se extinguía. Flotaba en el aire un sentimiento de amanecer. Distinguió con vaguedad que Conan seguía sentado en la roca; entrevió el largo fulgor azul de la hoja. Junto a él, encogida, otra figura sobre la que el fuego moribundo arrojaba un tenue resplandor. Adormilada, Yasmela adivinó un pico de nariz ganchuda, un ojo de cuenta brillante bajo turbante blanco. El hombre hablaba con rapidez en un dialecto shemita que le costaba entender.

—¡Que Bel me seque el brazo! Digo verdad. Por Derketo, Conan, soy príncipe de mentirosos, pero no te miento a un compañero viejo. Te lo juro por los días en que fuimos ladrones juntos en Zamora, antes de que vistieras almófar.

—Vi a Natohk; con los demás, me arrodillé ante él cuando hizo conjuros a Set. Pero yo no metí la nariz en la arena como los otros. Soy ladrón de Shumir, y mi vista es más aguda que la de una comadreja. Entorné los ojos y vi su velo, que el viento movía. Se apartó, y vi—vi... ¡Bel me ampare, Conan, digo que vi! La sangre se me heló y el pelo se me puso de punta. Lo que vi me marcó el alma como hierro candente. No pude descansar hasta asegurarme.

—Viajé a las ruinas de Kuthchemes. La puerta de la cúpula de marfil estaba abierta; en el umbral yacía una gran serpiente, atravesada por una espada. Dentro de la cúpula yacía el cuerpo de un hombre, tan arrugado y distorsionado que apenas lo reconocí al principio—era Shevatas, el zamoriano, el único ladrón del mundo al que reconocía como superior. El tesoro estaba intacto; brillaba en montones en torno al cadáver. Eso era todo.

—No había huesos... —empezó Conan.

—¡No había nada! —rompió el shemita, apasionado—. ¡Nada!
¡Sólo el cadáver!

Reinó un instante el silencio, y Yasmela se encogió con un horror innombrable.

—¿De dónde vino Natohk? —subía el susurro vibrante del shemita—. Del desierto, en una noche en que el mundo estaba ciego y salvaje, con nubes locas que corrían a la carrera por las estrellas trémulas, y el aullido del viento se mezclaba con los chillidos de los espíritus del yermo. Aquella noche andaban vampiros de caza; brujas desnudas cabalgaban en el viento, y hombres lobo aullaban por la estepa. En camello negro vino, cabalgando como el viento, y un fuego impío jugaba en torno a él; las pezuñas hendidas del camello resplandecían en la oscuridad. Cuando Natohk desmontó ante el santuario de Set, en el oasis de Aphaka, la bestia salió a toda carrera y se desvaneció. Y he hablado con tribales que juraron que de pronto abrió alas gigantescas y se precipitó hacia las nubes, dejando tras de sí una estela de fuego. Nadie ha visto aquel camello desde aquella noche, pero una figura negra, bestial, antropomorfa, se arrastra hasta la tienda de Natohk y le parpita y gime en la negrura antes del alba. Te lo diré, Conan, Natohk es... mira, te mostraré una imagen de lo que vi aquel día junto a Shushan, cuando el viento apartó su velo.

Yasmela vio el brillo del oro en la mano del shemita cuando los hombres se inclinaron sobre algo. Oyó a Conan gruñir; y de pronto la negrura se le vino encima. Por primera vez en su vida, la princesa Yasmela se desmayó.

CAPÍTULO 4

El amanecer no era sino un indicio de blancura en el oriente cuando el ejército reanudó la marcha. Hombres de tribu habían entrado a galope tendido en el campamento, con las monturas tambaleantes por la larga carrera, para informar de la horda del desierto acampada en el Pozo de Altaku. Así que los soldados se lanzaron a toda prisa por las colinas, dejando que los trenes de bagajes siguieran detrás. Yasmela cabalgaba con ellos; tenía los ojos habitados por espectros. El horror innominado había tomado forma aún más pavorosa desde que la noche anterior reconociera la moneda en la mano del shemita: una de aquellas acuñadas en secreto por el degradado culto Zugita, con los rasgos de un hombre muerto tres mil años atrás.

El camino serpenteaba entre acantilados desgarrados y peñascos adustos que se alzaban sobre valles estrechos. Aquí y allá se encaramaban aldeas, apiñamientos de chozas de piedra enlucidas con barro. Los hombres de tribu salieron en tropel para unirse a sus parientes, de modo que, antes de haber franqueado las colinas, el contingente se había engrosado con unos tres mil arqueros montaraces.

De pronto salieron de las colinas y se les cortó el aliento ante la vasta extensión que se abría hacia el sur. Por ese lado, las colinas caían a pico, marcando una neta división geográfica entre las tierras altas kothianas y el desierto meridional. Las colinas eran el borde mismo de las mesetas, extendiéndose casi en un muro

ininterrumpido. Allí estaban desnudas y desoladas, habitadas sólo por el clan Zaheemi, cuya obligación era guardar el camino de las caravanas. Más allá de las colinas el desierto se tendía desnudo, polvoriento, sin vida. Y sin embargo, tras su horizonte estaba el Pozo de Altaku, y la horda de Natohk.

El ejército miró hacia abajo al Paso de Shamlá, por donde fluían las riquezas del norte y del sur, y por el cual habían marchado los ejércitos de Koth, Khoraja, Shem, Turán y Estigia. Allí se abría una brecha en la pared vertical del espolón. Avanzaban promontorios hacia el desierto formando valles yermos, todos menos uno cerrados en su extremo norte por riscos escarpados. Ése era el Paso. Era como una gran mano extendida desde las colinas; dos dedos separados formaban un valle en abanico. Los dedos se representaban en dos dorsales anchos, uno a cada lado, con el flanco exterior a pico y el interior, en pendientes abruptas. El valle subía en inclinación a medida que se estrechaba, hasta salir a una meseta flanqueada por laderas surcadas de barrancos. Allí había un pozo y un racimo de torres de piedra ocupadas por los Zaheemis.

Allí se detuvo Conan, desmontando de un salto. Había dejado la armadura de placas por la más familiar cota de malla. Thespides contuvo el freno y preguntó:

—¿Por qué te detienes?

—Les esperaremos aquí —respondió Conan.

—Sería más caballeroso salirles al encuentro —chistó el conde.

—Nos ahogarían con el número —replicó el cimmerio—. Además, allí no hay agua. Acamparemos en la meseta...

—Mis caballeros y yo acamparemos en el valle —repuso Thespides, airado—. Somos la vanguardia y, al menos nosotros, no tememos a una desarrapada turba del desierto.

Conan se encogió de hombros y el furioso noble se alejó al galope. Amalric interrumpió a medias una orden que bramaba, para mirar a la luciente compañía que descendía la ladera hacia el valle.

—¡Insensatos! En seguida se les vaciarán las cantimploras y tendrán que volver a subir al pozo a dar de beber a sus caballos.

—Déjalos —respondió Conan—. Les cuesta recibir órdenes mías. Decid a los hermanos-perro que aflojen el arnés y descansen. Hemos marchado duro y rápido. Abrevad los caballos y que los hombres mastiquen algo.

No había necesidad de enviar exploradores. El desierto se ofrecía desnudo a la vista, aunque ahora esa perspectiva la limitaban nubes bajas que reposaban en masas blanquecinas sobre el horizonte del sur. La monotonía la rompía sólo un amasijo emergente de ruinas de piedra, a varias millas, reputadas restos de un antiguo templo estigio. Conan desmontó a los arqueros y los desplegó a lo largo de las crestas, junto con los montaraces. Situó a los mercenarios y a los lanceros de Khoraja en la meseta alrededor del pozo. Más atrás, en el ángulo donde el camino de la sierra desembocaba en la meseta, se alzaba el pabellón de Yasmela.

Sin enemigo a la vista, los guerreros se relajaron. Se quitaron borgoñotas, echaron los almófares sobre los hombros encadenados, soltaron correas. Iban y venían chanzas rudas mientras los hombres de guerra roían carne de res y metían sus hocicos en jarras de cerveza. A lo largo de las pendientes, los hombres de la sierra se acomodaban, picando dátiles y aceitunas. Amalric avanzó a grandes zancadas hasta donde Conan, descubierto, se sentaba en un peñasco.

—Conan, ¿has oído lo que dicen los tribales sobre Natohk? Dicen... ¡Mitra, es demasiado loco para repetirlo! ¿Qué opinas?

—A veces las semillas reposan siglos en la tierra sin pudrirse —dijo Conan—. Pero Natohk es un hombre, sin duda.

—No estoy seguro —gruñó Amalric—. En todo caso, has colocado tus líneas tan bien como un veterano general. Es seguro que los diablos de Natohk no podrán caer sobre nosotros por sorpresa. ¡Mitra, qué niebla!

—Al principio creí que eran nubes —dijo Conan—. ¡Mira cómo rueda!

Lo que parecían nubes era una bruma espesa que avanzaba hacia el norte como un gran océano inestable, ocultando con rapidez el desierto. En breve engulló las ruinas estigias, y aún siguió rodando. El ejército contemplaba asombrado. Era algo sin precedente: antinatural e inexplicable.

—De nada sirve enviar exploradores —dijo Amalric con disgusto—. No verían nada. Sus bordes están casi en las aletas exteriores de las crestas. Pronto el Paso entero y estas colinas quedarán velados...

Conan, que miraba la bruma rodante con creciente nerviosismo, se inclinó de pronto y puso la oreja en tierra. Se irguió a toda prisa, soltando juramentos.

—¡Caballos y carros, por millares! ¡El suelo vibra bajo sus pasos! ¡Eh, vosotros! —Su voz tronó por el valle, electrizando a los hombres indolentes—. ¡Borgoñotas y picas, perros! ¡A las filas!

Con esto, mientras los soldados se aprestaban a tropezones, calándose los cascos y metiendo los brazos en las abrazaderas de los escudos, la bruma se retiró como algo ya inútil. No se levantó lentamente desvaneciéndose como la niebla natural; simplemente se desvaneció, como una llama soplada. Un instante antes, todo el desierto estaba cubierto por vellones rodantes, amontonados en montañas, estrato sobre estrato; al siguiente, el sol brillaba en un cielo sin nubes sobre un desierto desnudo... ya no vacío, sino colmado de la viviente pompa de la guerra. Un gran clamor sacudió las colinas.

De primera intención, a los asombrados espectadores les pareció mirar hacia un mar centelleante de bronce y oro, donde puntas de acero titilaban como una miríada de estrellas. Al disiparse la niebla, los invasores se habían quedado inmóviles, clavados en largas y apretadas líneas, llameando al sol.

Primero iba una larga línea de carros, tirados por los caballos feroces de Estigia, con penachos en la cabeza; resoplaban y se

encabritaban mientras cada auriga desnudo se echaba atrás, afirmando sus poderosas piernas, con los brazos morenos anudados de músculos. En los carros, altas figuras de rostros de halcón, rematados por cascos de bronce con una media luna que sostenía una bola de oro. En las manos, arcos pesados. No eran arqueros comunes, sino nobles del Sur, criados para la guerra y la caza, acostumbrados a abatir leones con sus flechas.

Tras éstos venía un abigarrado tropel de salvajes en caballos semisalvajes: los guerreros de Kush, el primero de los grandes reinos negros de las praderas al sur de Estigia. Eran de ébano fulgente, flexibles y ágiles, cabalgando completamente desnudos y sin silla ni brida.

Después rodaba una horda que parecía abarcar todo el desierto. Miles y miles de los belicosos Hijos de Shem: filas de jinetes con corazas de escamas y cascos cilíndricos—los *asshuri* de Nippr, Shumir y Eruk y sus ciudades hermanas; hordas salvajes de túnicas blancas—las tribus nómadas.

Entonces las filas comenzaron a remolinear y fluctuar. Los carros se apartaron a un lado mientras el grueso avanzaba vacilante.

Abajo, en el valle, los caballeros se habían montado, y ahora el conde Thespides subía la ladera al galope hasta donde estaba Conan. No se dignó desmontar, sino que habló bruscamente desde la silla:

—¡La disipación de la niebla los ha confundido! ¡Es el momento de cargar! Los kushitas no tienen arcos y tapan todo el avance. Una carga de mis caballeros los aplastará contra las filas de los shemitas, rompiéndoles la formación. ¡Sígueme! ¡Ganaremos esta batalla de un golpe!

Conan negó con la cabeza.

—Si combatiésemos a un enemigo natural, estaría de acuerdo. Pero esta confusión parece más fingida que real, como para atraernos a una carga. Temo una trampa.

—¿Entonces te niegas a moverte? —gritó Thespides, con el rostro ennegrecido por la pasión.

—Sé razonable —protestó Conan—. Tenemos la ventaja de la posición...

Con un juramento furioso, Thespides hizo girar el caballo y bajó al valle donde sus caballeros aguardaban impacientes.

Amalric negó con la cabeza.

—No debiste dejarle volver, Conan. Yo... imira!

Conan saltó con una maldición. Thespides había irrumpido entre los suyos. Se alcanzaba a oír su voz apasionada, y su ademán hacia la horda que avanzaba era suficientemente elocuente. En otro instante, quinientas lanzas se inclinaron y la compañía acorazada retumbaba por el valle.

Un paje salió corriendo del pabellón de Yasmela, gritando a Conan con voz aguda y ansiosa:

—¡Mi señor, la princesa pregunta por qué no seguís y apoyáis al conde Thespides!

—Porque no soy tan gran necio como él —gruñó Conan, volviendo a sentarse en el peñasco y empezando a roer un gran hueso de res.

—La autoridad te ha templado —dijo Amalric—. Tal locura siempre fue tu gozo particular.

—Sí, cuando sólo me jugaba mi vida —repuso Conan—. Ahora... ¿qué demonios...?

La horda se había detenido. Del ala extrema surgió un carro; el auriga desnudo azotaba a las bestias como un loco; el otro ocupante era una figura alta cuyo manto flotaba espectral al viento. Llevaba en brazos un gran vaso de oro y de él vertía un hilo que centelleaba a la luz del sol. El carro cruzó todo el frente de la horda del desierto y, tras sus ruedas atronadoras, dejó, como estela de navío, una línea larga, fina y polvorienta que relucía en la arena como la fosforescente huella de una serpiente.

—¡Es Natohk! —juró Amalric—. ¿Qué simiente infernal está sembrando?

Los caballeros en carga no habían frenado su ímpetu. A otros cincuenta pasos chocarían con las desiguales filas kushitas, que permanecían inmóviles, lanzas alzadas. Ya los jinetes de vanguardia habían alcanzado la delgada línea que centelleaba en las arenas. No prestaron atención a aquella amenaza reptante. Pero cuando los cascos herrados de acero la golpearon, fue como cuando el acero hiere el pedernal—con un resultado más terrible. Un estallido tremendo sacudió el desierto, que pareció hendirse a lo largo de la línea esparcida con un pavoroso estallido de llama blanca.

En ese instante, toda la primera línea de caballeros quedó envuelta en aquel fuego: caballos y jinetes acorazados se abrasaron en el resplandor como insectos en una hoguera. Al instante siguiente, las filas traseras se amontonaban sobre los cuerpos carbonizados. Incapaces de contener su velocidad, hilera tras hilera se estrelló contra la ruina. Con pasmosa rapidez, la carga se convirtió en una carnicería donde figuras encorazadas morían entre caballos chillonos y destrozados.

Entonces la ilusión de confusión se desvaneció cuando la horda se asentó en líneas ordenadas. Los salvajes kushitas irrumpieron en la matanza, rematando a los heridos, reventando los yelmos de los caballeros con piedras y martillos de hierro. Todo terminó tan deprisa que los que miraban desde las laderas se quedaron aturdidos; y otra vez la horda siguió adelante, abriéndose para evitar el despojo carbonizado de cadáveres. De las colinas brotó un grito: «¡No luchamos contra hombres, sino contra demonios!»

En ambas crestas vacilaron los montañeses. Uno corrió hacia la meseta, con espuma chorreándole de la barba.

—¡Huid, huid! —balbuceó—. ¿Quién puede luchar contra la magia de Natohk?

Con un gruñido Conan saltó de su peñasco y le golpeó con el hueso; el hombre cayó, brotándole sangre de nariz y boca. Conan

desenvainó, los ojos reducidos a rendijas de fuego azul.

—¡De vuelta a vuestros puestos! —bramó—. ¡Que otro dé un paso atrás y le cerceno la cabeza! ¡Pelead, malditos!

La desbandada se detuvo tan rápido como había empezado. La feroz personalidad de Conan fue como un jarro de agua helada arrojado al incendio de su terror.

—Tomad posiciones —ordenó con rapidez—. ¡Y mantenedlas! ¡Ni hombre ni demonio cruzará hoy el Paso de Shamla!

Donde el borde de la meseta se rompía hacia la ladera del valle, los mercenarios apretaron los cinturones y aferraron las picas. Detrás, los lanceros a caballo permanecían en las sillas, y a un lado estaban los lanceros de Khoraja, como reserva. A Yasmela, pálida y muda junto a la entrada del pabellón, la hueste le pareció un puñado lastimoso ante la multitud del desierto.

Conan se puso entre los picas. Sabía que los invasores no intentarían lanzar una carga de carros cuesta arriba por el Paso ante las caras de los arqueros; pero gruñó, sorprendido, al ver a los jinetes desmontar. Aquellos salvajes no llevaban trenes de suministros. Cantimploras y talegas colgaban de los arzones. Ahora bebían la última gota y arrojaban las cantimploras.

—Éste es el agarre de la muerte —murmuró, viendo formarse las líneas a pie—. Hubiera preferido una carga de caballería; los caballos heridos huyen y desbaratan las formaciones.

La horda formó una cuña gigantesca, cuya punta eran los estigios y el cuerpo, los *asshuri* acorazados, flanqueados por los nómadas. En formación cerrada, alzados los escudos, rodaron hacia adelante, mientras tras ellos una figura alta, en un carro inmóvil, alzaba los brazos de amplias mangas en hórrida invocación.

Al entrar la horda en la ancha boca del valle, los hombres de la sierra dispararon sus saetas. Pese a la formación protectora, los hombres caían por docenas. Los estigios habían arrojado los arcos: cabezas yelmeadas agachadas bajo la lluvia, ojos oscuros

centelleando sobre los bordes de los escudos, avanzaban en oleada inexorable, pisando a sus camaradas caídos. Pero los shemitas devolvían el fuego, y nubes de flechas oscurecieron el cielo. Conan miró por encima de las ondulantes olas de lanzas y se preguntó qué nuevo horror invocaría el hechicero. De algún modo sentía que Natohk, como todos los de su estirpe, era más terrible en defensa que en ataque: tomar la ofensiva contra él era invitar al desastre.

Pero sin duda era magia lo que arrojaba a la horda contra la muerte. A Conan se le cortó el aliento ante la devastación en las filas que se abalanzaban. Los bordes de la cuña parecían derretirse, y ya el valle estaba sembrado de cadáveres. Sin embargo, los sobrevivientes avanzaban como locos ajenos a la muerte. Por el mero número de sus arcos comenzaron a inundar a los arqueros en los riscos. Nubes de saetas volaron hacia lo alto, empujando a los montañeses a cubierto. El pánico les mordió el corazón ante aquel avance que no vacilaba, y dispararon a lo loco, con los ojos brillando como lobos acorralados.

Al acercarse la horda al cuello más estrecho del Paso, rodaron peñascos que aplastaron a decenas, pero la embestida no vaciló. Los lobos de Conan se afirmaron para el choque inevitable. Con su formación cerrada y su armadura superior, sufrían poco por las flechas. Era el impacto de la carga lo que temía Conan, cuando la enorme cuña chocara con sus delgadas filas. Y comprendió que no había quebrar aquel ímpetu. Apretó la mano en el hombro de un Zaheemi cercano.

—¿Hay manera de que hombres montados bajen al valle ciego tras esa cresta occidental?

—Sí; un sendero empinado y peligroso, secreto y guardado desde siempre. Pero...

Conan ya lo arrastraba hacia donde Amalric estaba en su gran caballo de guerra.

—¡Amalric! —chasqueó—. ¡Sigue a este hombre! Te llevará a ese valle exterior. Desciéndelo, rodea el extremo de la cresta y golpea a

la horda por la retaguardia. No hables: ¡vive! Sé que es locura, pero estamos condenados de todos modos; ¡haremos todo el daño posible antes de morir! ¡Deprisa!

A Amalric se le erizó el bigote en fiera sonrisa, y pocos momentos después sus lanceros seguían al guía por un laberinto de desfiladeros que se abría desde la meseta. Conan volvió corriendo a los piqueros, espada en mano.

No demasiado pronto. En ambas crestas, los hombres de Shupras, enloquecidos por el anticipo de la derrota, llovían flechas a la desesperada. Los hombres morían como moscas en el valle y en las laderas—y con un rugido y un empuje irresistible hacia arriba, los estigios chocaron contra los mercenarios.

En un huracán de acero atronador, las líneas se torcieron y bambolearon. Noble criado para la guerra contra soldado profesional.

Chocaron escudo con escudo, y entre ellos se clavaron lanzas y brotó la sangre.

Conan divisó la forma gigantesca del príncipe Kutamun al otro lado del mar de espadas, pero la manga lo tenía atado, pecho con pecho con sombras oscuras que jadeaban y tajaban. Detrás de los estigios empujaban y aullaban los *asshuri*.

A uno y otro lado, los nómadas treparon por los riscos y llegaron a las manos con sus primos de la montaña. A lo largo de las crestas, la batalla rugió en ferocidad ciega y jadeante. Uñas y dientes; espumosos de fanatismo y antiguas querellas, los tribales despedazaban y mataban y morían. Con las melenas al viento, los kushitas desnudos irrumpían aullando en la refriega.

Le pareció a Conan que sus ojos cegados de sudor miraban a un océano creciente de acero que hervía y arremolinaba, llenando el valle de cresta a cresta. La lucha estaba en punto muerto de sangre. Los montañeses mantenían las crestas, y los mercenarios, aferrados a sus picas que se hundían, con los pies afirmados en la tierra sangrienta, sostenían el Paso. Por un tiempo, la ventaja de la

posición y la armadura equilibró el número abrumador. Pero no podía durar. Ola tras ola de rostros llameantes y lanzas centelleantes subían la pendiente, y los *asshuri* llenaban los huecos en las filas estigias.

Conan miró por si veía a los lanceros de Amalric doblar la cresta occidental, pero no venían, y los piqueros empezaron a tambalearse bajo los golpes. Entonces Conan abandonó toda esperanza de victoria y de vida. Gritando una orden a sus capitanes jadeantes, se apartó y corrió a través de la meseta hacia la reserva de Khoraja, que temblaba de ansia. No miró hacia el pabellón de Yasmela. Había olvidado a la princesa; su único pensamiento era el instinto de fiera: matar antes de morir.

—¡Hoy os hacéis caballeros! —rió feroz, señalando con la espada chorreante hacia los caballos de los montañeses, reunidos cerca—. ¡Montad y seguidme al infierno!

Los corceles montaraces se encabritaron locos bajo el choque desconocido de la armadura kothiana, y la risotada bronca de Conan se alzó por encima del estrépito cuando los condujo al punto donde la cresta oriental se abría desde la meseta. ¡Quinientos infantes—patricios pobres, segundones, ovejas negras—en caballos shemitas semisalvajes, cargando contra un ejército por una pendiente donde nunca caballería alguna había osado cargar!

Pasaron tronando por la boca del Paso, atestada de lucha, hasta la cresta sembrada de cadáveres. Bajaron la ladera escarpada, y una veintena perdió pie y rodó bajo los cascos de sus camaradas. Abajo, los hombres chillaron y alzaron los brazos, y la carga atronadora los desgarró como una avalancha que corta un bosque de renuevos. A través de las muchedumbres apretadas se lanzaron los khorajís, dejando una alfombra aplanada de muertos.

Y entonces, mientras la horda se retorció y enroscaba sobre sí misma, los lanceros de Amalric—tras romper un cordón de jinetes encontrado en el valle exterior—rodearon el extremo de la cresta occidental y golpearon a la hueste en una cuña de puntas de acero,

partiéndola en dos. Su ataque tuvo todo el aturdimiento desmoralizador de una sorpresa por la retaguardia. Creyéndose flanqueados por una fuerza superior, y enloquecidos por el temor de quedar cortados del desierto, enjambres de nómadas rompieron filas y se desbocaron, causando estragos en las filas de sus camaradas más firmes. Éstos vacilaron y los jinetes se abrieron paso entre ellos. En las crestas flaquearon los guerreros del desierto, y los montañeses cayeron sobre ellos con furia renovada, haciéndolos rodar ladera abajo.

Aturdida por la sorpresa, la horda se rompió antes de tener tiempo de ver que apenas era un puñado el que la acometía. Y una vez rota, ni un mago podía soldarla de nuevo. A través del mar de cabezas y lanzas, los locos de Conan vieron a los jinetes de Amalric forjando paso sin pausa por la desbandada, al son de las hachas y las mazas que subían y bajaban, y un loco júbilo de victoria exaltó el corazón de cada hombre y volvió de acero su brazo.

Con los pies plantados en el mar de sangre que les lamía los tobillos con olas carmesíes, los piqueros en la boca del Paso empujaron hacia delante, aplastando con fuerza contra las filas que se arremolinaban ante ellos. Los estigios aguantaron, pero tras ellos se licuó la masa de los *asshuri*; y, sobre los cuerpos de los nobles del Sur—que murieron en sus puestos hasta el último—rodaron los mercenarios, para rajar y arrugar la masa vacilante detrás.

En los riscos yacía el viejo Shupras, con una flecha atravesándole el corazón; Amalric se había venido abajo, jurando como un pirata, con una lanza clavada en el muslo encadenado. De la infantería montada de Conan, apenas ciento cincuenta seguían en silla. Pero la horda estaba hecha pedazos. Nómadas y lanceros acorazados se abrieron y huyeron hacia su campamento, donde estaban sus caballos, y los montañeses se descolgaron por las pendientes, acuchillando por la espalda a los fugitivos y degollando a los heridos.

En el caos rojo y arremolinado, una aparición terrible se plantó de pronto ante el semental encabritado de Conan. Era el príncipe Kutamun, desnudo salvo por un taparrabos, con el arnés hecho

jirones, el yelmo crestado abollado, los miembros salpicados de sangre. Con un grito terrible arrojó a la cara de Conan su empuñadura rota, y, saltando, agarró la brida del corcel. El cimmerio cabeceó en la silla, medio aturdido, y con fuerza pavorosa el gigante de piel oscura forzó al caballo chillón hacia arriba y atrás, hasta que perdió pie y se desplomó en el barrial de arena sangrienta y cuerpos retorcidos.

Conan saltó libre cuando el caballo caía, y con un rugido Kutamun se le echó encima. En aquella pesadilla enloquecida de batalla, el bárbaro no supo con exactitud cómo mató a su hombre. Sólo supo que una piedra en la mano del estigio le estrellaba una y otra vez la celada, llenándole la vista de chispas, mientras Conan hundía una y otra vez el puñal en el cuerpo del enemigo, sin aparente efecto sobre la terrible vitalidad del príncipe. El mundo se le iba a Conan en remolino, cuando, con un estremecimiento convulsivo, el armazón que se ceñía a él se rigidizó y luego se aflojó.

Tambaleándose, con sangre chorreándole por el rostro bajo el yelmo abollado, Conan miró, aturdido, la profusión de destrucción extendida ante él. De cresta a cresta, los muertos yacían esparcidos: alfombra roja que cegaba el valle. Era un mar rojo, con cada ola una línea desmadejada de cadáveres. Anegaban el cuello del Paso, cubrían las laderas. Y en el desierto continuaba la carnicería, donde los supervivientes de la horda habían alcanzado sus caballos y se desparramaban por la estepa, perseguidos por los vencedores rendidos—y a Conan le sobrecogió ver cuán pocos quedaban para perseguir.

Entonces un grito pavoroso desgarró el clamor. Cuesta arriba venía volando un carro, sin temer los montones de cadáveres. No lo tiraban caballos, sino una gran criatura negra, como un camello. En el carro estaba Natohk, con los mantos ondeando; y, empuñando las riendas y azotando como loco, se agazapaba un ser negro, antropomorfo, que bien pudiera haber sido un mono monstruoso.

Con una ráfaga de viento ardiente el carro barrió la ladera cubierta de cadáveres, directo al pabellón donde Yasmela estaba sola,

abandonada por sus guardias en el frenesí de la persecución. Conan, clavado en el sitio, oyó el alarido frenético de ella cuando el largo brazo de Natohk la alzó al carro. Luego la siniestra bestia dio la vuelta y volvió a toda carrera valle abajo, y ningún hombre osó disparar flecha o lanza por temor a herir a Yasmela, que se retorció en los brazos de Natohk.

Con un grito inhumano Conan recogió su espada caída y saltó al camino del horror desbocado. Pero aun cuando alzó la hoja, las manos delanteras de la bestia negra le golpearon como un rayo y lo arrojaron, aturdido y magullado, a una veintena de pasos. El grito de Yasmela le llegó lastimero a los oídos aturdidos mientras el carro atronaba a su lado.

Un alarido que nada tenía de humano brotó de sus labios cuando Conan rebotó de la tierra sangrienta y echó mano al freno de un caballo sin jinete que cruzaba junto a él; se lanzó a la silla sin detenerlo. Con loco abandono se lanzó tras el carro que se alejaba a toda prisa. Aplanó las zonas llanas volando y pasó como torbellino por el campamento shemita. Huyó al desierto, rebasando grupos de sus propios jinetes y de nómadas que espoleaban duro.

Volaba el carro, y Conan volaba tras él, aunque el caballo empezaba a tambalearse bajo su peso. Ahora el desierto abierto se tendía en torno, bañado por el lúgubre esplendor desolado del ocaso. Ante él se alzaron las ruinas antiguas, y, con un chillido que heló la sangre de Conan, el auriga no humano arrojó de sí a Natohk y a la muchacha. Rodaron por la arena, y, a la mirada aturdida de Conan, el carro y su animal se transfiguraron de modo pavoroso. Grandes alas se abrieron en un horror negro que no tenía nada de camello, y se precipitó al cielo, llevando a su zaga una estela de fuego cegador, en la que una figura negra, antropoide, castañeaba en triunfo espantoso. Pasó tan aprisa que fue como la irrupción de una pesadilla a través de un sueño poblado de horrores.

Natohk se puso en pie, lanzó una mirada rápida a su hosco perseguidor—que no se había detenido y venía a galope tendido,

con la espada baja y salpicando gotas rojas—, y el hechicero alzó a la muchacha desmayada y echó con ella a las ruinas.

Conan saltó del caballo y se lanzó tras ellos. Llegó a una estancia bañada por una radiancia impía, aunque fuera caía la noche a toda prisa. Sobre un altar de jade negro yacía Yasmela, el cuerpo desnudo brillando como marfil en la luz extraña. Sus ropas estaban esparcidas por el suelo, como si alguien se las hubiera arrancado con brutal prisa. Natohk encaró al cimmerio—inhumanamente alto y delgado, vestido de seda verde tornasol. Echó atrás el velo y Conan miró los rasgos que había visto en la moneda zugita.

—¡Sí, palidez, perro! —La voz era como el siseo de una serpiente gigante—. ¡Soy Thugra Khotan! Largo tiempo yací en mi tumba, aguardando el día del despertar y la liberación. Las artes que me salvaron de los bárbaros, hace mucho, también me aprisionaron; pero sabía que uno vendría a su tiempo—¡y vino, para cumplir su destino y morir como no ha muerto hombre en tres mil años!

—¡Necio! ¿Crees que has vencido porque mi gente está dispersa? ¿Porque me ha traicionado y abandonado el demonio que esclavicé? ¡Soy Thugra Khotan, que ha de regir el mundo pese a tus dioses mezquinos! El desierto está colmado de mi pueblo; los demonios de la tierra harán mi voluntad, como los reptiles de la tierra me obedecen. La lujuria por una mujer debilitó mi hechicería. Ahora la mujer es mía, y festinando con su alma seré invencible. ¡Atrás, necio! ¡No has vencido a Thugra Khotan!

Arrojó su bastón y cayó a los pies de Conan, que retrocedió con un grito involuntario. Porque al caer se transfiguró horriblemente; su contorno se licuó y retorció, y una cobra capuchada se alzó silbando ante el horrorizado cimmerio. Con un juramento furioso, Conan descargó el tajo, y su espada cortó en dos la forma horrenda. Y allí, a sus pies, no yacían sino las dos piezas de un bastón de ébano seccionado. Thugra Khotan rió pavorosamente y, girando, cogió algo que reptaba con asco en el polvo del suelo.

En su mano extendida algo vivo se retorció y baboseaba. No había trucos de sombras esta vez. En su mano desnuda Thugra Khotan empuñaba un escorpión negro de más de un pie de largo, la criatura más mortífera del desierto, cuyo aguijón espigado daba muerte instantánea. El semblante de calavera de Thugra Khotan se abrió en una mueca de momia. Conan vaciló; luego, sin aviso, arrojó su espada.

Cogido desprevenido, Thugra Khotan no tuvo tiempo de evitar el lanzamiento. La punta le golpeó bajo el corazón y salió un pie por la espalda. Cayó al suelo, aplastando al monstruo ponzoñoso que empuñaba.

Conan avanzó hasta el altar y levantó a Yasmela entre sus brazos manchados de sangre. Ella le echó en torno los brazos blancos con espasmos, sollozando histéricamente, y no quiso soltarlo.

—¡Por los diablos de Crom, muchacha! —gruñó—. ¡Suéltame! Cincuenta mil hombres han perecido hoy, y hay trabajo que hacer...

—¡No! —jadeó, aferrándose con fuerza convulsiva, tan bárbara por un instante como él en su miedo y su pasión—. ¡No te dejaré ir! ¡Soy tuya, por fuego y acero y sangre! ¡Tú eres mío! Allí atrás pertenezco a otros—¡aquí soy mía... y tuya! ¡No te irás!

Vaciló él, con el cerebro propio tambaleándose bajo la feroz oleada de sus violentas pasiones. El lúgubre resplandor ultraterreno aún flotaba en la estancia sombría, iluminando espectral el rostro muerto de Thugra Khotan, que parecía sonreírles sin alegría, cavernoso. Afuera, en el desierto, en las colinas entre océanos de muertos, los hombres se morían, aullaban de heridas y de sed y de locura, y los reinos vacilaban. Luego todo lo barrió la marea carmesí que se alzó loca en el alma de Conan, cuando apretó con fiereza, en sus brazos de hierro, el cuerpo blanco y esbelto que refulgía ante él como un fuego fatuo de locura.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB